

**EMILIO ORIBE
(1893- 1975)****I**

Fue médico por vocación; poeta, esteta, docente y humanista por devoción. Fundó la Facultad de Humanidades y Ciencias, de la que fue Decano. Su dedicación a la enseñanza se recuerda con el nombre de una Colonia de Vacaciones para estudiantes de Enseñanza Primaria y Normal en la ciudad de Piriápolis, frente al mar, porque fue siempre su ilusión que los niños del interior profundo, criados y crecidos en medio del territorio, tuvieran otro horizonte y vieran la puesta de sol en otra perspectiva. Alcanzó relieves insospechados en su aporte a la historiografía de la última Guerra Civil, cuando contó las memorias de sus paisanos que le narraron las circunstancias en la que murió Aparicio Saravia en Masoller, en 1904.

Nació en Melo el 13 de abril de 1893, hijo de Nicolás Oribe y de Virginia Coronel. Pasa su niñez en la ciudad natal. Radicado en Montevideo, inicia estudios universitarios en 1905 y termina el bachillerato en 1912. Este año representa al Uruguay en el Congreso de Estudiantes Americanos de Lima. Se gradúa en Medicina en 1919. Publica *El halconero astral* (1919). Viaja por Europa. En 1925 se radica en San José donde dicta cursos de Filosofía. Edita *La colina del pájaro rojo* (1925). En 1926 es designado profesor de Literatura (Universidad de Mujeres) y de Filosofía (Sección de Enseñanza Secundaria y Preparatoria) y en 1928 Vocal del Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal y luego Vicepresidente del mismo. Publica *La transfiguración del cuerpo* (1930), *Poética y Plástica* (1930) y *Teoría del Nous* (1934). Obtiene la Cátedra de Filosofía del Arte en la Universidad en 1938. Es candidato a la Rectoría de la

Universidad. Viaja a Estados Unidos en 1942. Edita *El mito y el Logos* (1945). Integra en 1946, el primer Consejo de la Facultad de Humanidades y Ciencias. Publica *La dinámica del Verbo* (1948). Viaja a Inglaterra en 1949 y a Cuba y México en 1951, donde interviene en el Congreso de las Academias de la Lengua. De regreso dicta clases de Estética en la Facultad de Humanidades. En 1954 asiste, en Ginebra, a los “Rencontres Internationales”. Nuevo viaje a la India, Grecia y Turquía en 1956. En 1958 es nombrado Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias, y Vicepresidente del VI Congreso de Interamericano de Filosofía realizado en Buenos Aires. En 1961 publica *Ars. Magna* y viaja a Estados Unidos. Se le discierne el Premio Nacional de Literatura del Ministerio de Instrucción Pública en 1963 y se le designa Doctor “Honoris Causa” de la Facultad de Humanidades y Ciencias en 1964. Actualmente, es Vicepresidente de la Academia Nacional de Letras. Fuera de las obras citadas en el texto, Emilio Oribe ha publicado, entre otras, las siguientes: *Canto del cuadrante* (1938), *Poesía* (1944), *Estudios sobre las ideas estéticas* (1950), *Rapsodia bárbara* (1953), *Sobre la estética de Schopenhauer* (1963), *Antología poética* (1965), etc.¹ Esta edición en dos tomos, publicada en la Colección de Clásicos Uruguayos de la Biblioteca Artigas, estuvo al cuidado de José Pedro Barrán y Benjamín Nahum, quienes sin duda habían conocido estrechamente a Emilio Oribe en la antigua Facultad de Humanidades y Ciencias, y realizaban su tarea en vida del autor. El prólogo de Alfonso Llambías de Azevedo se dedica al análisis exhaustivo de la obra literaria y filosófica de Oribe.

II

Antonio Mercader, Ministro de Educación y Cultura, prologó la edición en dos tomos realizada por esa Secretaría de Estado, en 1993, como homenaje al centenario de nacimiento de Emilio Oribe, con un texto que aborda

¹ ORIBE, EMILIO: *Poesía y Plástica*. Colección Biblioteca Artigas, Montevideo, 1968, con prólogo de Alfonso Llambías de Azevedo, página XXVII.

aspectos de la trayectoria personal y familiar del médico y poeta, valorando treinta años más tarde, la obra del homenajeado.

De su prólogo rescatamos los párrafos siguientes:

“Al celebrarse el centenario del nacimiento de Emilio Oribe, uno de los más eminentes intelectuales de nuestro país, el Ministerio de Educación y Cultura ha querido evocar el acontecimiento con esta edición conmemorativa de sus obras.

Cultor de variados géneros literarios, poeta, ensayista, filósofo y pedagogo, Emilio Oribe nació en Melo el 13 de abril de 1893.

Su padre, Don Nicolás Oribe, era oriundo de Álava jurisdicción de Orduño. Provenía de una antigua familia de origen vasco, de la misma estirpe del Gral. Manuel Oribe. Un cancionero anónimo del Siglo XVI del Valle de Mena en la provincia de Burgos – que recordaba nuestro autor – menciona a los Oribe en Castilla como orífices:

.....

*“Diz que en Castilla fueron
aurífixes los Oribe
porque oro siempre pulieron
e garça e falcón unieron
con grandt amor: Quien escribe,
vio como en vaso luzieron
falcón e garças de Oribe,
en vino que le ofrescieron...”*

.....

Su villa natal, Melo, surgió con un destino histórico de avanzada; fundada por el Capitán Agustín de la Rosa el 27 de junio de 1797 como punta de lanza de la civilización

hispanica contra los avances de los portugueses y las correrías de los corambreros.

Cerro Largo – que hasta el año 1884 abarcaba además el territorio del actual Departamento de Treinta y Tres y parte del de Minas – con la zona lindera entre los ríos Yí y Negro, configuró desde la época colonial y durante todo el Siglo XIX, la región más tradicional del gaucho. En este ambiente vivió Emilio Oribe su infancia y parte de su adolescencia y así lo recuerda en el prólogo a la “Rapsodia Bárbara”: “... es indudable que una experiencia caudalosa de la vida del gaucho desfiló entonces por mis sentidos... Conocí gauchos viejos que estuvieron en la Guerra Grande, Quinteros, en las revoluciones del 70”.

Conoció a Aparicio Saravia en su casa de Melo, ubicada en la intersección de las calles 25 de Mayo, que hoy lleva el nombre del caudillo y La Paz, hoy denominada José Pedro Varela. Caminó entre sus hombres de confianza, sus soldados íntimos y sus asistentes. Lo vio cruzar por las calles de la ciudad entre sus escuadrones y le llegó el poder de seducción que ejercía. Su devoción por él, la tradición familiar y el ambiente social que lo rodeaba, lo llevaron a prestar su adhesión a la divisa blanca.

Presenció la Revolución de 1904 con once años de edad y las imágenes de la guerra y del estado de desasosiego que conmoviera a todo el país, especialmente aquella región por haber sido la cuna de la misma, quedaron grabadas en su memoria:

“Algunos parientes murieron o fueron heridos en las batallas sangrientas contra el gobierno de Batlle. Asistí también al desfile de los ejércitos rivales por las calles de Melo. Ví la miseria del gauchaje – los hombres melenudos y descalzos, con lanzas – carabinas, sables inmensos y divisas descoloridas por el polvo, la sangre y la lluvia. Como ocurre con los muchachos audaces de los pueblos, varios amigos

nos metíamos en todas partes y conocíamos episodios inenarrables: luchas de lanceros, muertes heroicas, degüellos y saqueos bárbaros. Una vez ví entrar por las calles de Melo las carretas llenas de heridos de Tupambaé, más tarde las caballerías de Basilio Muñoz, con sus lanzas en alto, manchadas de sangre, formando columnas interminables. Comprendí la fuerza y el heroísmo de aquellos muchachones algo mayores que yo, que siguieron detrás de Saravia hasta la muerte de éste, en Masoller. Por la noche, algunas veces nos entregábamos al terror colectivo, en la inminencia de la llegada de los colorados, con sus divisas rojas, sus uniformes y sus regimientos, con indios de fama terrible. Yo contemplaba todo sin distinción, amaba a unos, pero no temía conocer y entreverarme con los otros. Muchos jefes adversarios que sabían las actitudes de mi familia conversaban y buscaban bromear y discutir conmigo. Diversos lugares y nombres nacionales en el comercio de mi padre se hicieron poderosos y legendarios: Fray Marcos, Paso el Parque, Galarza, y por encima de todos, Saravia y Justino Muniz. A pesar de los obstáculos pude instruirme bastante en la escuela que se abrió en el invierno.”

Radicado en Montevideo, luego de una preparación sumaria en el Colegio Víctor Hugo, entró en la Universidad donde, según sus palabras, “olvidó a los gauchos”. Pero antes de culminar el bachillerato, volvió a los campos de Cerro Largo donde vivió intensamente del Tacuarí a Aceguá, la vida rural y fronteriza propia de aquel Departamento.

En medio de la vida ciudadana asistirá a representaciones teatrales de tema rural de Florencio Sánchez y Ernesto Herrera y continuará en contacto con la obra de los autores argentinos Hilario Ascasubí, Hernández, Estanislao Del Campo, Ricardo Gutiérrez, y Rafael Obligado, así como con la de los orientales Bartolomé Hidalgo – el creador de poesía gauchesca -, Elías Regules, José Alonso y Trelles “El Viejo Pancho”, Francisco Espínola y las “Crónicas”

de Zavala Muniz, como asimismo la “Tierra Purpúrea” del inglés Hudson. Sus conocimientos en este tema entrañable se nutrieron no sólo de tradición y de las obras de literatura, sino también de los diversos ensayos y obras históricas.

Emilio Oribe se consideró como testigo viviente de los últimos restos del gauchaje con un ciclo que según él culmina a comienzos del Siglo XX, desde Artigas hasta Aparicio Saravia, después de una elaboración durante la época colonial y cuya historia sintetiza en las expresiones: “Pobreza, lucha, sufrimiento y heroísmo”.

Buscó contacto con los payadores arrabaleros “que aún quedaban en el vaho de las pulperías”, y le tocó asistir, en ocasión de tomar exámenes en las escuelitas rurales que funcionaban en los ranchos de Cerro Largo y Treinta y Tres, a fiestas campesinas, donde se grabó en su memoria la ejecución del Himno Nacional en guitarra dirigido y acompañado por un guitarrero gaucho, y en el Chuy con acompañamiento de acordeón por un gaucho sentado en la tierra.

Pero todo ello lo vivió no con propósitos de estudio, sino para recoger en las expresiones del arte nativo, algo así como “el aroma de una de esas ordinarias flores silvestres” que solía estrujar en sus manos cuando recorría los campos.

De estas vivencias surgirá una obra que se destacará del resto de su producción, la *“Rapsodia Bárbara”*, inspirada en el asesinato de Justo José de Urquiza, acaecido al anochecer del 1º de abril de 1870.

De influencia también de lo vivido en su juventud y de la producción teatral de la época escribió un drama – única pieza de este género que se le conoce - que en su primera versión circuló con el título de *“El campo del hijo”*; corregida y con nuevo título – *“La tierra es alma”* -, ha quedado inédita. La acción se desarrolla en una estancia de Cerro Largo en momentos en que se produce la derrota de los revolucionarios en 1904; con la muerte del caudillo rural de

la zona, su hijo reparte el campo entre sus seguidores y la pieza concluye cuando sobreviene la pérdida de la propiedad de las tierras a causa de la fatalidad y del cambio de mentalidad que se ha operado.

Entre sus escritos inéditos, figuran además una serie de cuentos referidos a su vida en el campo y relatos de la época revolucionaria, entre los que se destacan los *“Recuerdos de Aparicio Saravia”*, que Emilio Oribe mantuviera en su memoria durante toda su vida y que se decidiera a escribirlos solamente poco antes de su muerte. Incluidos en la presente selección salen a la luz por vez primera.

El año 1912 nos da la pauta de la febril actividad de Emilio Oribe: a la vez que completa el bachillerato y representa al Uruguay en el Congreso de Estudiantes celebrado en Lima, publica su primer libro de versos: *“Alucinaciones de Belleza”*.

Al año siguiente ingresa a la Facultad de Medicina y mientras cursa la carrera, continúa su producción poética, publicando *“El Nardo del Ánfora”* (1915), *“El Castillo Interior”* (1917) y *“El Halconero Astral y Otros Cantos”* (1919). Por sus cualidades literarias y su cultura, sus compañeros lo distinguían designándolo para pronunciar discursos en diversos actos,; en la presente edición, se ha seleccionado el que pronunciara en el acto de homenaje al Dr. Francisco Soca al ser nombrado este insigne Profesor de nuestra Universidad, miembro de la Academia de Medicina de París.

En 1919, Emilio Oribe se gradúa de Doctor en Medicina. Había cursado los estudios sin ánimo de ejercer la profesión y con posterioridad atenderá solamente casos siquiátricos en contadas ocasiones.

En 1921 partió hacia Europa con el cargo de tercer Secretario de la Embajada del Uruguay en Francia. Radicado en París, realizará incursiones por los países vecinos; pero su centro será la vida intelectual parisina, donde conocerá a Picasso y frecuentará el grupo de los picassianos, tendrá una

primera aproximación con Paul Valéry, que será fundamental en el desarrollo de su pensamiento. En este y posteriores viajes frecuentará además a eminentes catedráticos del Collège de France y de la Sorbonne como Henry Bergson y Merleau-Ponty, a Etienne Souriau, Profesor de Correspondencia de las Artes y a Jacques y Raïssa Maritain, estetas y filósofos escolásticos. Traducirá algunas de las obras de estos eminentes pensadores, con fines docentes, que serán publicadas por los organismos de enseñanza de nuestro país. Con Kostas Axelos y un profesor de Salónica en Grecia, afianzará su convicción sobre el valor de los mitos como forma de permanencia de las ideas.

Ya en épocas de estudiante Emilio Oribe había profundizado en el conocimiento del simbolismo y el modernismo, tomando como maestros a Darío, Herrera y Reissig, Lugones; dedicó particular atención a los místicos españoles, a los trágicos griegos, a la poesía de Píndaro y la Estética de Hegel. Durante su viaje por Europa se apasionará más aún por los temas de la lírica, la estética y la filosofía, y a su regreso al Uruguay – motivada por la muerte de su padre en 1922 – definirá su inclinación, dedicándose desde entonces a la docencia como Profesor de Literatura por un breve período, para consagrarse luego al campo de la filosofía y de la estética. Con estas actividades forjará la esencia de su personalidad.

Cultor desde su juventud de la más pura tradición clásica, compartirá con Rodolfo Mondolfo – Profesor italiano exiliado por motivos políticos en la Argentina – la difusión del conocimiento de los antiguos filósofos griegos en el Río de la Plata.

La inquietud por los grandes problemas sugeridos en la filosofía de los presocráticos, en los fragmentos de Heráclito – a quien cita constantemente en sus escritos y al cual trata de interpretar con obsesión -, en Parménides, Empédocles, Platón y Plotino, será una tendencia de su pensamiento que investigará incesantemente a través de la historia de la filosofía con especial énfasis en la mística de San Juan de la

Cruz, impregnándose de la doctrina de Spinoza, Baumgarten, Kant, Hegel – del que será difusor de su enseñanza en nuestro país -, en los filósofos románticos alemanes Schelling, Fichte y Schiller, en Schopenhauer, Nietzsche, Lipps y Bergson.

Vinculará el pensamiento europeo con el estado de evolución del pensamiento filosófico en nuestro continente. Estudiará así la conexión del pensamiento de Nietzsche con el de Carlos Vaz Ferreira.

Vaz Ferreira le había producido desde su juventud “una benéfica influencia intelectual y moral”, como también influyeron en él en aquella época Juan Zorrilla de San Martín y José Enrique Rodó. Pero su admiración y amistad por Vaz Ferreira durará toda la vida y a poco de morir el gran maestro, se dedicará a realizar una selección de su pensamiento que prologará y hará publicar en 1961.

Oribe mantuvo también una gran amistad con Jorge Luis Borges, con quien lo ligaban lazos no sólo de carácter intelectual, sino además la nostalgia de ambos por los campos de Cerro Largo, ya que Borges, a pesar de ser argentino, también los frecuentaba por tener parientes en aquel Departamento.

Emilio Oribe concurría al viejo “*Tupí Nambá*” – el famoso “café literario” montevideano del cual Zum Felde ha resaltado la importancia que tuvo en la evolución intelectual del Uruguay – y en este cenáculo tuvo oportunidad de realizar un fructífero intercambio de ideas, como asimismo en el ambiente intelectual de aquel momento, recordando entre sus allegados a Juan y Alfonso Llambías de Azevedo, Gisleno Aguirre, Fernán Silva Valdés, “Paco” Espínola (Francisco Espínola hijo), Luis Gil Salguero, Carlos Benvenuto, José María Podestá, Arturo Despouey, Carlos María Princivalle, Eduardo Dieste, Bernabé Michelena, Vicente Salaberry, Julio J. Casal, Vicente Basso Maglio.

Además de pensador, Emilio Oribe fue un gestor de cultura. Desde su cargo como integrante del Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal, fomentó la implantación de planes renovadores de la educación, tales como el Plan Dalton y el Plan Clemente Estable y supervisó personalmente en muchos casos la aplicación de los mismos.

Para cubrir su presupuesto familiar, tuvo que dedicarse por entero a dictar clases durante este período; su actividad docente abarcó no sólo la capital sino también el interior y especialmente el litoral, actividad que lo llevó a compenetrarse más con los problemas de la educación en todo el país.

En esa época tuvo oportunidad de frecuentar a Enrique Díez Canedo, Embajador de la República Española en el Uruguay y a otros intelectuales españoles que con motivo de los acontecimientos en la Península, visitaron Montevideo o vinieron a exiliarse en nuestro país: Federico García Lorca, Ossorio y Gallardo, Federico de Onís, Ramón Gómez de la Serna, Juan Ramón Jiménez, Rafael Alberti. Trabajó amistad también con personalidades de prestigio internacional como Pablo Neruda, Nicolás Guillén, Rufino Blanco Fombona, Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, Stefan Zweig.

Emilio Oribe, hombre sin notoria trayectoria política, no estuvo ajeno sin embargo al acontecer de la vida nacional e internacional.

En 1920 figuró como uno de los oradores en el sepelio de Washington Beltrán – quien le despertara en sus clases la vocación por el estudio de las ideas estéticas y filosóficas -. En 1929 fue electo Diputado, cargo al que renunció de inmediato. Deploró la muerte de Baltasar Brum, a quien le dedicó un canto elegíaco. Formó parte de la intelectualidad uruguaya en momentos en que la misma estaba unida por un ideal común de auténtica educación democrática, fundada en los valores del humanismo y por encima de las banderías.

Durante la Segunda Guerra Mundial formó filas en defensa de la libertad e integró como Presidente la Asociación *“Mundo Libre”*. Mientras duró el conflicto participó en conferencias, audiciones radiales, mesas redondas y en diversos artículos exaltó los valores humanos y encaró los problemas de la defensa y al término de la guerra respaldó la obra de los constructores de la paz. Luego de los Acuerdos de Breton Woods y como continuación de esa labor, compartió con Juana de Ibarbourou, Esther de Cáceres y Carlos Sabat Ercasty la tarea de asesores de UNESCO en materia intelectual.

Admirador respetuoso de la obra de los grandes pensadores, abogó por Miguel de Unamuno cuando en 1953 le fuera suprimida su cátedra en España y condenó a quienes intentaban detener el fluir del torrente del pensamiento.

En 1958 fue nombrado Decano de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la República y Presidente de la Academia de Letras.

Al año siguiente suspendió su actividad como docente de Estética, dedicándose por entero a las tareas como administrador de la Enseñanza Superior y actuando además como Delegado ante el Consejo Directivo Universitario.

Con posterioridad fue designado Doctor *“Honoris Causa”* de la mencionada facultad y se le otorgó, en dos oportunidades, el Premio Nacional de Literatura, como justo reconocimiento a su capacidad y a su labor, consagrándose además su obra de escritor con la inclusión de su libro *“Poética y Plástica”* en la Colección de Autores Clásicos Uruguayos, distribución que únicamente compartiera en vida con Juana de Ibarbourou y Justino Zavala Muniz.

Apasionado lector, las bibliotecas que formó las donó a la Facultad de Humanidades y Ciencias de la República, Fue también un gran melómano y su voluminosa y selecta colección de discos la donó a la Biblioteca y Museo Pedagógicos. Llegó a formar también una respetable colección de valiosos cuadros, la gran mayoría obsequio de

sus amigos Barradas, Cúneo, De Simone, Joaquín Torres García y sus hijos Augusto y Horacio, Aliseris, Castellanos, Amézaga. Horacio Torres le pintó su retrato y los escultores Pena y Yepes esculpieron su busto.

Algunas de sus obras en verso o fragmentos de ellos, fueron musicalizados por los principales compositores nacionales de la época: Luis Cluzeau Mortet, Eduardo Fabini, Vicente Ascone, Carlos Estrada, Jaurés Lamarque Pons. Asimismo Socorro Morales de Villegas, Aurora Caló Berro y A. Yolanda Inocchi compusieron canciones sobre textos de Emilio Oribe.

De temperamento variable, a veces melancólico y taciturno – “un tímido introspectivo” -, parecía apartado del mundo, totalmente abstraído de los seres y las cosas, aunque las necesidades materiales lo hacían mantener los pies sobre la tierra. En otras ocasiones, comunicativo y sencillo, deleitaba a quienes lo rodeaban con una conversación amena y chispeante.

Murió en Montevideo el 24 de mayo de 1975.

Los que fueron sus alumnos lo recuerdan como un pensador que sabía transmitir sus conocimientos en una síntesis meditada, de elevada condición. Prueba de ello son sus ensayos de filosofía de la estética, elaborados precisamente en base a esa síntesis y que conservan un sentido didáctico.

Con la edición conmemorativa de las obras de Emilio Oribe, el Ministerio de Educación y Cultura pretende rescatar y difundir una valiosa parte de su producción dispersa en publicaciones periódicas, revistas especializadas, folletos y aún algunos manuscritos que se conservan inéditos en su archivo y por este medio renovar las vías del conocimiento filosófico y estético y evocar así la mejor tradición intelectual de nuestro país.

Con el mismo propósito esta Secretaría de Estado ha dispuesto, además, a iniciativa del Director de Investigación y Publicación de la Biblioteca *“Artigas”* de Clásicos Uruguayos, Prof. Juan E. Pivel Devoto, una *“Antología de Poemas”* cuya selección y prólogo fuera encomendada al Presidente de la Academia de Letras don Arturo Sergio Visca, así como la serie de sus ensayos *“Teoría del Nous”*, *“El Mito y el Logos”* y *“La Dinámica del Verbo”* con prólogo del Prof. Arturo Ardao.

Debemos agradecer la labor de investigación y recopilación, realizada por el Director del Archivo General de la Nación, Abelardo García Viera, que hizo posible la presente edición.

Es de destacar la colaboración prestada, además, por la Biblioteca Nacional, la Biblioteca Pedagógica Central y la Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la República, que gentilmente pusieron a disposición su material bibliográfico y documental.”

III

Al realizar la reseña que precede a la edición homenaje del centenario de su nacimiento, bajo el título de *“Criterio de la Edición”* se consigna:

“La primera parte incluye tres poemas que tienen un carácter de epopeya. Los dos primeros: *“Artigas y el Astro”* y *“Rapsodia Bárbara”* reproducen facsimilarmente sus ediciones originales en mérito a la calidad de su diseño y el esmero puesto en el cuidado de su impresión. Esta parte se complementa con una Conferencia en la que el autor explica su propia producción poética.

En la segunda parte se reproducen también facsimilarmente – por las mismas características expuestas anteriormente – tres cuadernos editados por el Consejo Nacional de Enseñanza Primaria y Normal entre los años 1930 y 1933, relativos a proyectos de enseñanza de la

Estética y Nacionalización del Séptimo Arte. Se complementa con una conferencia relativa a Educación Estética. Figuran en este orden por haber sido concebidos con antelación a su magisterio en la Universidad y por haberlos destacado el propio autor, en su época, de los demás proyectos.

La tercera parte reúne los apuntes de un “Curso de Estética” dictado a comienzos de su actividad docente en la Universidad y los Ensayos de Filosofía de la Estética publicados en folletos y revistas especializados que el autor no incluyera en la 2ª. Edición de *“Poética y Plástica”* (Tomos I y II, volúmenes 134 y 135 de la “Biblioteca Artigas – Colección de Clásicos Uruguayos”, Montevideo, 1964).

En la cuarta parte se incluyen discursos, conferencias académicas, audiciones radiales, artículos de prensa y publicaciones en revistas especializadas, prólogos y estudios críticos relativos a épocas y estilos literarios, y a personalidades del mundo de las ciencias, la literatura, la filosofía, las artes y opiniones vertidas sobre los derechos del hombre, la Segunda Guerra Mundial y la defensa nacional.

La quinta parte reúne cuentos y crónicas referidas a su juventud, relatos que rememoran sus vivencias sobre hechos relacionados con la Revolución de 1904 y en especial con su caudillo Aparicio Saravia, tomados directamente de los manuscritos, que han permanecido inéditos en su archivo. Se incluye además el drama *“La tierra es alma”* – única obra de género teatral que escribiera -, cuya acción está vinculada con los mismos acontecimientos. Completa esta parte la Oda a la muerte de Baltasar Brum por estar su tema comprendido, como los anteriores, entre los hechos que le fueron contemporáneos, que le dejaron honda huella, como testimonios de su vida y de su época.

La sexta parte comprende la lista que el propio autor publicara de su actuación en el Consejo Nacional de

Enseñanza Primaria y Normal en los dos períodos en que fuera integrante del mismo (1928 – 1933 y 1943 – 1947) y proyectos, conferencias y notas sobre temas de enseñanza.

La séptima parte reúne su actuación en diversos Congresos Internacionales. El propio autor pretendió darles a alguna de estas actuaciones un orden en vistas a su publicación, agregándoles a veces algunos textos y títulos que creyó apropiados. Se ha respetado este criterio, señalando en cada caso, su procedencia original. Se ha realizado la traducción del Francés de las intervenciones de Emilio Oribe en los “Encuentros Internacionales” de Filosofía celebrados en Ginebra en 1954 y de la discusión que motivara su trabajo relativo a “Algunos Aspectos del Pensamiento en el Nuevo Mundo”.

El Apéndice recopila trabajos en los que el autor da claves para la interpretación de su vida y de su obra.

Esta edición finaliza con una indicación bibliográfica y documental.

IV

Dice Alfonso Llambías de Azevedo en su prólogo ²:

² ORIBE, Emilio: POÉTICA y PLÁSTICA. Biblioteca Artigas. Colección de Clásicos Uruguayos, Volúmenes 134 y 135, Montevideo, 1968. Tomo I, páginas VII a IX

“Emilio Oribe (1893), ha sido y es, ante todo, un poeta. Él mismo se define así cuantas veces se le inquiere sobre su verdadera vocación. La poesía lo atrajo de joven y se ha mantenido a su servicio a lo largo de más de cincuenta años de actividad intelectual.

Una continua relación entre la inteligencia y la vida, lo ha conducido a interrogarse sobre la esencialidad de la poesía. Y tras un trabajo meditado y sin tregua, ha ido buscando también el perfeccionamiento de su canto.

La estructura espiritual que ha creado dentro de un universo incierto y desafiante, se presenta como una unidad absoluta, indivisible y dinámica a la vez, llena de formas puras, de esplendorosos símbolos y de singulares alegorías. Dicha unidad se confunde con la vida misma, con sus afirmaciones y negaciones, que Oribe siente con pasión y fervor, manteniéndose por encima de cualquier esquema meramente intelectual.

Todas las meditaciones de Oribe conducen tarde o temprano a nutrir y renovar el mundo de sus ideas, su desplazamiento hacia el encuentro de la Belleza, con los elementos que pueden encender su emoción. Por más conceptual o hermética que parezca, su poesía se inscribe en el dominio de las cosas naturales y sensibles, allegada al equilibrio y al orden con que esas cosas están dispuestas en el cosmos.

Una vida entera – como la suya – entregada a la poesía, ha hecho que ésta adquiriera a través del tiempo tonalidades diferentes, acordes que desnaturalizan melodías anteriores, lenguaje que el ejercicio del idioma lo va haciendo cada vez más sencillo, más poderoso y sugerente, aunque tal vez, menos seductor; llanezas que ocultan dificultades vencidas, e ideas que entran en el dominio de las intuiciones. Oribe sabe de sobra que por más fascinante que sea el poder de la inteligencia a través del juego de las ideas, por encima de la “categoría integral” que es el “nous”, no hay poesía sin un cierto frenesí dionisiaco, sin un enamoramiento del mundo sensible que nos rodea.

Para quien se integra coordinando su ser con las fuerzas infinitas que ocultan su rostro, la imagen reveladora de la belleza, que también es verdad y amor, provienen de lo Alto, de la indulgencia con que desparraman en el universo algunas de las perfecciones que preferentemente anhelamos.

Hace muchos años, en 1930, analizando la posición estética de Oribe, que ya evolucionaba hacia un intelectualismo reflexivo, señalaba Zum Felde que no era cuestión de entenderlo como un poeta cerebral. Y tenía razón. Por ser enemigo de estridencias y delirios, Oribe prefiere alentar un ritmo tranquilo y sosegado, en medio de un recogimiento interior que le prepara para un diálogo vivificante y

agudo. Oribe medita y canta a la vez, entre perplejidades, enigmas, interrogantes y zozobras. Su espíritu no escapa al fluir incesante de la vida, a la angustia de la existencia. Si ha revelado la fascinación que sobre él han tenido poetas como Poe, Mallarmé, Valéry, Milosz, Eliot y otros, no es sólo por la casi perfecta arquitectura que ornamenta sus poemas, sino por su “belleza adherente”, dentro de la terminología kantiana. Es decir, poemas que – como él mismo anota – “en cualquier circunstancia, ofrecerán declive o entrada a los enigmas y a los problemas del hombre eterno, desenmascarados y sufridos por el hombre de hoy. Resplandecen líricamente a pesar de las marcas filosóficas que los impregnan”. Así, pues, el misterio y la emoción son asideros imprescindibles del poema, elementos sin los cuales cualquier arte resulta poco cautivante.

Una sólida estructura interna se destaca en la siempre alusiva poesía de Oribe. Es la base de un desarrollo posterior que no siempre es fiel a su esencialidad apolínea. A veces se deja arrebatado por los vaivenes de una nutriente floración dionisiaca que también es, según el poeta, “una forma superior de inteligencia poética”.

De la poesía, Oribe ha pasado, no sin cierta arrogancia, a la meditación de problemas filosóficos y estéticos. Sus planteos y desarrollos se presentan en campos muy variados del conocimiento. Basándose en amplias y variadas lecturas, recoge lúcidamente lo que puede integrar la zona específica de sus análisis. Estos siempre se efectúan con gran libertad, sin miramientos – en ocasiones – para quienes le proporcionan sus puntos de partida.”

V

Es el propio Emilio Oribe, en el capítulo III titulado “De la Poesía, La Inteligencia y La Música”, del tomo I de su Poética y Plástica, va desgranando aforismos que son autodefiniciones: ³

“El poeta, no sólo no debe salir de su universo, sino que no debe permitir que otros entren allí...”

“Los instintos, tan exactos y seguros, sufren ante la vecindad de la inteligencia, la misma perturbación que la luz de las estrellas, en la inminencia del sol.”

³ ORIBE, Emilio: Clásicos Uruguayos, Tomo I, Pág. 109

“Toda la dificultad consiste en que la poesía, que prescinde de la razón para ser creada, necesita de la razón para subsistir”.

“La sensibilidad, esa antena mentirosa de la inteligencia...”

***“La libertad es el poder de elegir entre las infinitas contingencias que se me presentan al mismo tiempo”.*⁴**

En un homenaje a Carlos Vaz Ferreira, intercalado en el mismo capítulo, entre referencias a otras figuras sin duda cercanas en su afecto y altura intelectual, señala:

“En un homenaje a Vaz Ferreira debemos ser densos y claros. Que ese acto no participe de las groseras apoteosis a que estamos habituados. Nos hemos acostumbrado a homenajear ruidosamente, como para aturdirnos y poder olvidar más pronto lo que hacemos.”⁵

“Existen sustancias disolventes de tejidos muy usadas en las preparaciones histológicas. Destruyen los elementos innecesarios respetando los fundamentales. La filosofía, la metafísica, pueden concebirse como algo así; desintegran, eliminan las construcciones fáciles, felices y agradables de la vida psicológica. Los conceptos y fundamentos esenciales, adquieren su valor absoluto, después que esa acción aclaradora y fijante ha pasado por una inteligencia.

Si a la mentalidad americana la sometiéramos al reactivo de la metafísica, veríamos en ella más dilatadas pampas de vacío que las otras pampas. Algo así como ocurre en la biología con los tejidos grasos después de la acción de los disolventes específicos. A la lente sólo se ven allá alvéolos muy grandes y muertos.

Limitando más el panorama y refiriéndonos a nuestro país, lo único que resistiría a la salvadora reacción serían los

⁴ ORIBE, Emilio: Clásicos Uruguayos, Tomo I, Pág. 117

⁵ ORIBE, Emilio: Clásicos Uruguayos, Tomo I, Págs.: 135 – 136.

estudios de Vaz Ferreira: Los Problemas de la Libertad, El Pragmatismo y algunos otros. Fuera de eso, el Uruguay no existiría hasta Vaz Ferreira. Sería cosa muerta para el pensamiento filosófico del mundo.”⁶

“No alcanzarán a una media docena de personas en el país, los capaces de sostener la lectura – no digo ya de valorar, criticar o comprender hondamente – de su obra sobre los Problemas de la Libertad, y, salvo las conferencias de Gil Salguero, últimamente dadas, y cuyos enfoques agudizamos en estas líneas, no se ha realizado todavía un estudio, amplio, interpretativo, aproximado de Vaz Ferreira. Es posible que no poseamos la perspectiva temporal necesaria aún, pero es lo que habrá que empezar a hacerse, si bien que para ello tendríamos que conocer la labor inédita y abundante que sabemos existe.”

“Si estas ideas denotan amargura, es porque ellas aspiran a reflejar la verdad de las cosas. He prometido ser denso y claro. Vaz Ferreira ha estado muy enfermo. Su mal no ha sido de haber pensado mucho, de haber alcanzado la zona de las ideas puras, pues eso se logra por don de Dios. Su mal no ha sido de haber estudiado mucho, como filosóficamente dicen algunas personas y políticos por ahí, encogiéndose de hombros. Su mal ha venido por el lado del sentimiento, de la afectividad. Esas melancolías metafísicas tienen sus raíces infinitamente tenues en la falta de comprensión y cariño de sus contemporáneos. Su soledad, semejante a la del Moisés de Vigny, en medio de los hombres, aún hoy está sembrada de dolorosas experiencias. Si totalmente se salva, precisamente es por haber pensado mucho, - la melancolía no logrará nunca herir las construcciones firmes del pensamiento realizado -, haber creado por todos nosotros, y haberse sostenido sobre esas creaciones de razón.

Si logramos con este espectáculo sencillo, sin resonancias externas, llevar un poco de afecto a aquel gran

⁶ ORIBE, Emilio: Clásicos Uruguayos, Tomo I, Pág. 137

hombre, a aquella carne estremecida de infinito, hacerle evidente, tangible, la admiración y el amor de los jóvenes, habremos realizado una de las hazañas mejores de nuestra vida, aunque Vaz Ferreira, como un Ser ya definitivo y eterno, como espíritu, como ente pensante, no necesite ya de estas frases que yo pronuncio, ni de Institutos Superiores, ni cátedras, ni rectorados, despojos transitorios. El día remoto en que se pueda hacer la historia del pensamiento americano, Vaz Ferreira aparecerá en él como Sócrates en la Grecia antigua. Su figura tenderá a agigantarse, transformándose en legendaria. Los demás se nivelarán a su alrededor, o aparecerán como islotes insignificantes, ni siquiera comparables a las escuelas presocráticas. Siempre será una figura de esas que al mismo tiempo destruyen y afirman una continuidad espiritual de pueblos y épocas. Destruyen, porque provocan una caída de infinitas maneras de existir y de pensar. Y afirman, porque sí; por el solo hecho de su existencia, esas personas – Sócrates, Descartes, Nietzsche, Vaz Ferreira - , salvan para siempre del olvido a las épocas en que les ha tocado vivir.”

...

“Einstein y Vaz Ferreira han pasado unos momentos juntos, sentados ambos en un banco de una plaza de Montevideo. El filósofo nuestro, en América, representa un esfuerzo hacia la inteligencia pura, más intenso que lo que representa Einstein en Europa. Esto es claro y no hay por qué insistir.

Yo venía del campo y los vi reunidos. Einstein, pesado, denso, oía atento y comentaba después, con una sonrisa de niño. Vaz Ferreira, delgado, pálido, lleno de tics, era una finísima llama de una lamparilla de aceite. Estuvieron solos, frente a los transeúntes atareados durante unos momentos. Esta interferencia de dos genios auténticos hace recordar el encuentro de Carlyle y Emerson, célebre por el block de silencio que se constituyó entre ambos... También pensé en un gran fresco que existe en la Sorbona y que nadie cita, y que me pareció extraordinario, que representa a Pascal

discutiendo públicamente con Descartes, en plena plaza, al margen de los pasajeros, en el París de la época...

Años antes Vaz Ferreira había hecho un curso de conferencias sobre Einstein, durante varios meses, frente a una docena y media de curiosos. Dícese que en la entrevista con Einstein, vio confirmadas muchas de las afirmaciones que hizo.

Fuera de estas conjeturas, no sabemos más.

Y a continuación, siguiendo el desarrollo del mismo elogio, apunta un pensamiento crítico que más de cincuenta años después, permanece totalmente vigente:

“Aunque parezca exagerado, el porvenir de nuestro país, desde el punto de vista de la especulación filosófica o de la investigación científica desinteresada, no puede ser peor. La más respetada disciplina intelectual, la que define verdaderamente a un pueblo y a una comarca, y hace, por ejemplo, que un pequeño sitio del planeta – la Sorbona, Salamanca, Königsberg y otros – signifique más para la humanidad que millares de montañas o pampas con rebaños, propietarios y todo, eso, se halla en inminencia de no ser alcanzado nunca por nuestro país. No tenemos cultura superior y sólo somos descerebrados, profesionales y políticos. No hacemos nada definido por dominar esa inferioridad. Iniciativas para constituir esa enseñanza superior, disciplinada y firme fracasan. Los deportes, las universidades pobres y la política constituyen horribles traiciones a la inteligencia plástica de los jóvenes, y las corrientes contra toda iniciativa que nos salve son tan fuertes y ciegas que, dentro e unos años, si no se reacciona, quedaremos más aún, relegados a sufrir un vergonzoso retraso con relación a los demás países. No aspiramos a formar jóvenes ni hombres de inteligencia. Como no tendemos a ejercitar el razonamiento puro, no tenemos la idea de lo que es un ambiente de cultura substancial. Los

que regresan de Europa y saben todo esto, se agotan en la incomprensión y el sufrimiento y concluyen adaptándose. Los que vinieron: Driesch, Einstein o Keyserling, sólo podrían hablar detenidamente con tres o cuatro personas, en el país; y aún es mucho... No tenemos material de consulta, nuestras bibliotecas son miserables o literarias, no contribuimos a la formación de profesores eruditos y modestos y vivimos una vida de genios nativos con facilidad atroz. Todo lo mejor nuestro lo confiamos al azar. Al azar de la aparición de individualidades potentes, que se malogran en gran parte; especies de caudillos de las ideas, que no dan lo que hubieran podido dar, si les hubiéramos forjado una atmósfera de claridad jerarquía y orden. Paradojalmente, nuestra cultura se encuentra estacionaria o retrocede, pues se ha ido formando nada más que con procesos de extensión. El equívoco funesto de no crear una facultad autónoma superior, de filosofía, ciencias y artes, parece tener muy pobres probabilidades de ser corregido. Es más necesario ese instituto que todas las reformas sociales y universitarias que se intenten en las actuales facultades, pero ni los gobiernos ni los jóvenes se mueven en el sentido de ir a la conquista de lo único que puede salvarnos como valores sustanciales. Todo nuestro adelanto político, nuestros progresos materiales, nuestras riquezas en ciertas actividades del espíritu, quedarán incompletas y amenazarán ruina, si no las fundamentamos con una cultura superior. En realidad, ya aparecen como adquisiciones fáciles, impuestas por el siglo y por la ausencia de graves problemas internos; no impresionan como esfuerzos conscientes. Con ellos nos engañamos respecto a nuestras virtudes, atribuyéndoles una grandeza que no tienen, y, lo que es peor, a pesar de éstas, seguiremos siendo para el europeo, nada más que indígenas. Por cuarenta o cincuenta años más nuestra limitación será bien indígena, nuestra inteligencia será más indígena, nuestra actitud frente a los problemas eternos será inerme e indígena, sin remedio.

Causa un escalofrío espantoso pensar que aún para iniciarnos, tenemos que empezar a trabajar desde la base

hasta la cúspide. No hay nada hecho; no tenemos hábitos modestos, ni humillación heroica; no tenemos ni material científico, ni libros, ni laboratorios, para encaminarnos hacia la cultura estable. Estamos condenados a oscilar entre los pueblos primitivos; aquellos que, según Hegel no entraban en la historia. “Pueblos, dícenos, de conciencia turbia. Lo único digno de la consideración filosófica, es recoger la historia allí donde la racionalidad empieza a manifestarse en su existencia terrestre”. Permanecemos en la puerta de la historia, como las almas raquílicas que Dante depositó en el umbral del infierno: por nuestra insignificancia no seremos dignos de salvación ni de castigo. No entraremos en la historia mientras nuestros campos contengan espacios con vacas y latifundios, y nuestras ciudades sólo sean la pueril adaptación de progresos mecánicos extraños, agrupaciones de entes medulares, profesionales y políticos; es decir, lo que enmascara y retarda el advenimiento y el señorío de aquella racionalidad hegeliana.”⁷

VI

En 1939 dictó su clase inaugural como Profesor Adjunto de Teoría del Arte de la Facultad de Arquitectura, ocasión en la que expresó en sus conceptos iniciales, estas palabras:

“La iniciación de este curso tiene un significado muy valioso para mí. La aspiración de poseer una cátedra desde la cual se pudiera tratar temas de arte y estética general y particular, se cumple después de inevitables peripecias. Siguiendo una vocación docente en paralela actividad con una obra de creación poética en marcha, he pasado por diversas enseñanzas: Literatura, durante algunos años, Teoría e Historia del Arte en la Facultad de Arquitectura, Filosofía con todas sus ramas, en diversas aulas y circunstancias. Pero mi honda preocupación dominante giraba alrededor de los problemas y las cuestiones de la

⁷ ORIBE, Emilio: Clásicos Uruguayos, Tomo I, Págs. 135 – 147.

Estética. No podría fijar bien el origen de esta preferencia. Nace como una síntesis irresistible en el comienzo de mi obra literaria, coincidiendo con los estudios obligatorios. Un Curso de Estética teníamos en el plan de 1905 y fue erróneamente suprimido después. El hecho es que las primeras meditaciones sobre la belleza nacieron allí. Creo que en ese sentido, encuentro como inaugurando los estudios, la influencia de la lectura tan temprana de Plotino, Kant, Hegel y Menéndez y Pelayo. Después hube de abandonar las cuestiones de la belleza, por otras disciplinas: las científicas. Lo curioso es que siempre traté de establecer, más allá de los conocimientos obligados, conexiones estéticas. Recuerdo así que me encantaba singularmente en los umbrales de la anábasis anatómica el pequeño hecho de que ciertas trabéculas óseas de los largos huesos de la pierna, al ser seccionados a lo largo, mostraran disposiciones ojivales, como el interior de las catedrales de la Edad Media, obedeciendo a una común ley de fuerzas y gravitaciones. Y el hombre que aparecía presidiendo estas fugas, hacia la heroidicidad plástica y justificando esas comunidades era el gran Leonardo, cuya aventura nocturna canté, imaginándome a media noche sustrayendo los cadáveres en una plaza de ahorcados de Florencia. En cuanto me fue posible pues, siempre continué fiel a la investigación sobre la belleza y las artes.

No hablo ahora de las presencias directas ante obras de arte, templos, ciudades, museos, que durante un año de Europa experimenté. Lo estético, la ley estética del universo, siguió siempre como una constante en todo lo que pueda haber meditado y escrito. Hoy me hallo en posesión de un aula, desde la cual podré exponer algunos conocimientos y experiencias. No obstante, al empezar el trabajo, noto cierta sensación de dificultad. La causa de ello debo atribuirla, además de una consciente percepción de mis limitaciones, al hecho de que el problema de la Belleza y de las Artes, se me presenta hoy con más profundidad y vastedad que nunca. Ante él experimento lo mismo que ante las cuestiones ontológicas o esenciales. Tratadas en los años mozos, se

ofrecen a la inteligencia con cierta precisión y coherencia. Se las puede dominar hasta con ataques frontales, rompiendo la resistencia de orden conceptual y lógico que las escuda. Pero después ya es otra cosa. De poseedores de realidades ontológicas nos convertimos en poseídos por ellas.”⁸

VII

Una temprana pieza oratoria fue recogida de su homenaje, realizado en nombre de los estudiantes de Medicina, al Prof. Dr. Francisco Soca, en su Cátedra del Hospital Maciel, en ocasión de haber sido designado Miembro de la Academia de Medicina de París, en lo que sería el primer académico uruguayo de aquel centro.

La crónica da cuenta del episodio así:

“Gran entusiasmo despertó en el seno de los estudiantes e Medicina, la noticia de que su maestro el Dr. Francisco Soca había sido designado miembro de la Academia de Medicina de París.

El mismo día que se supo la noticia, se reunieron varios universitarios en la Asociación de “Estudiantes de Medicina” con el objeto de cambiar ideas, a fin de organizar un homenaje, sencillo pero elocuente, que sintetizara la satisfacción general.

La Asociación, de acuerdo con los iniciadores resolvió en la noche del 12 de junio, que la demostración se llevara a cabo al otro día, sábado, a las 11 a.m. en el Hospital Maciel, aprovechando la circunstancia de que el Dr. Soca tenía que ir a esa hora a dictar su cátedra en la Sala “Argerich”.

Quedó acordado que la demostración consistiría en esperar al Dr. Soca, en la puerta del Hospital aclamarlo y

⁸ ORIBE, Emilio: Obras Escogidas. Edición Conmemorativa del Centenario de su Nacimiento. Ministerio de Educación y Cultura, 2 tomos, 1993. Tomo II, páginas 11 – 12.

acompañarlo en manifestación hasta su clínica, en donde un delegado de los estudiantes, expresara en breves palabras el significado de aquel espontáneo homenaje.

Fue designado para hacer uso de la palabra el Bachiller Emilio Oribe.

Al otro día, a las 11, respondiendo a las exhortaciones de la Asociación, concurren los estudiantes de Medicina al Hospital Maciel, y se llevó a cabo el juvenil agasajo, de acuerdo con las resoluciones citadas.

El Dr. Soca fue recibido en la puerta del Hospital en medio de aplausos y acompañado hasta su clínica de "Argerich", en donde el delegado de los estudiantes pronunció las siguientes palabras:

"Señores:

Los estudiantes de Medicina y Cirugía han resuelto tributar este sencillo y espontáneo homenaje a su maestro el Dr. Francisco Soca, en virtud de haber sido nombrado miembro correspondiente de la Academia de Medicina de París, distinción que al vincular nuestra Facultad con la primera de las corporaciones científicas de Europa, refleja verdadera gloria sobre nuestro país.

Los estudiantes han abandonado por breves momentos, esta mañana, las clínicas del Hospital Maciel, en donde ejercen sus tareas habituales, para acercarse a la Cátedra del Dr. Soca, que la imaginamos en plena festividad ante la distinción de que ha sido objeto su Profesor de más de treinta años de apostolado y de enseñanza, y lo hacen con el unánime gesto de esta adhesión sincera, rebosante de entusiasmo y sencillez, trayendo la ofrenda de sus idealidades expansivas y las manos colmadas de felicitaciones.

Viene esta juventud, la primera entidad del país que se dirige al sabio maestro, modelador de espíritus cuyo nombre se coloca hoy al lado de las más grandes eminencias científicas; viene esta juventud con la honda convicción de que cumple con un altísimo deber, y de que no la guían las

deliberaciones extensas, ni los propósitos largamente pensados, ni la pompa del ritual clásico, sino las espontáneas y libres voluntades jóvenes, que sólo se mueven ante impulsos generosos y bellos.

Un admirable artista del Renacimiento, que por rara virtualidad hermanaba en su ser los atributos más bellos y las pasiones más brutales, cinceló en bronce una figura que se levanta en una de las plazas de Florencia, Benvenuto Cellini representó a Perseo, el héroe de la mitología griega, levantando bien alto con la diestra, la cabeza ensangrentada de la Medusa, deidad maligna, mientras descansaba en pie sobre el cuerpo insignificante y exánime de su víctima.

Alguien, que no es grato a veces, en América vio en esa actitud triunfadora a la juventud idealista levantando la cabeza de la vulgaridad al juicio de los siglos. Pueden encarnarse en la obra de Benvenuto, todos los triunfos de lo verdadero y lo bello contra lo erróneo y lo deleznable, y sin embargo, yo creo que la similitud más exacta que puede hacerse con ella, es identificarla con la obra de un gran médico, de la talla del Dr. Soca, cuya existencia, destinada por completo a combatir el mal, lo vence al fin, levanta su testa ensangrentada hacia el sol, para colocarla después, como el gesto gallardo de Perseo, como quien cumple un rito, sobre el altar más alto de la vida serena y fecunda!

Recibid, maestro, las felicitaciones más efusivas de los estudiantes de Medicina.”

Obviamente, el Profesor Soca, terminado este discurso, visiblemente emocionado, (y es de suponer que sin venir preparado), dio lectura a esta notable pieza oratoria:

“Gracias, jóvenes amigos, por esta bella manifestación.

En esta hora culminante de mi vida, en que un inmenso honor que colma todas mis aspiraciones y rebasa todos mis sueños parece marcar el fin de mi esfuerzo doloroso y reconfortante – hora de llegada, hora melancólica en que mueren tantas cosas amadas, la sensibilidad se afina y se ahonda y si no me lo impidiera mi fiera y ruda naturaleza,

diría que la emoción está siempre cerca de las lágrimas. Es por eso que esta actitud de la juventud médica me conmueve profundamente y me compensa en un minuto de todas las fatigas y todas las amarguras de mi vida profesional.

Creedlo: vuestra actitud me hace sentir el premio de la Academia.

Es que los jóvenes a quienes no ha herido la vida sólo comprenden la lucha por los grandes ideales de verdad, de justicia y de belleza o ignoran las miserias, los odios, las rivalidades candentes y angustiosas que son la fuerza y el tormento de los hombres maduros. Ellos van sin reservas mentales ni cóleras ocultas, sin regateos que empequeñecen, sin vacilaciones, dándose enteros y resueltos, magníficos de generosa imprudencia o audacia temeraria, a todo lo que les aparece grande, noble, fuerte y armonioso. Los jóvenes suelen ser los grandes precursores. Comprenderéis, pues, que esta manifestación tan espontánea, tan súbita y tan entusiasta, me llene de alborozo y me haga sentir el valor y la alta significación del honor recibido. Ella añade a la consagración de la Academia la nota de sentimiento y de fraternidad ardiente, sin la cual todos los honores no son acaso más que una fiesta teatral y aparatosa que no llega al alma profunda en que se acaban las deleznable vanidades.

Vosotros, jóvenes amigos, habéis puesto en este inmenso suceso de mi vida la nota de ideal y de amor; de sinceridad y de pureza, sin la cual hubiera apenas sacudido mi sarcástica apatía. Gracias, pues!

¿Por qué he llegado a la Academia, yo, modesto profesor de una pequeña Facultad de un pequeño país lejano y casi desconocido? Como han llegado todos a todas las cumbres: por la fuerza de las ideas y la presión sutil de las circunstancias, por la lógica, por el azar, por la convergencia feliz de las fuerzas humanas.

Mi obra escrita no es muy grande; pero es original, toda original y muy conocida en Europa. Ella parece haber bastado a aquellos sabios eminentes y es sin duda la base de todos los trabajos que me han llevado a la Academia. Sin embargo, yo confieso que no he cumplido austeramente

todos mis deberes de trabajador y de hombre de ciencia: no he dado todo lo que podía y debía dar. He dirigido mi atención a objetivos menos altos y nobles y he descuidado a menudo la siembra sagrada, que es el fin y la excusa de la vida. Me confieso y me arrepiento en este momento único en que hablar debe ser, para mí, descubrirme!

La nota humana que no puede faltar en estos grandes acontecimientos humanos, vino en mi ayuda. Tengo amigos admirables y poderosos que debo sólo a un vasto y fuerte comercio intelectual y que he ganado en noble justa de ideas: no hay otra manera de ganar a los grandes hombres, Marie, Hayem, Widal, Babinski: son esos maestros ilustres los que han realizado el milagro.

Permitidme que los salude al pasar, con la expresión de mi admiración y mi reconocimiento.

Hay todavía una nota nueva y vigorosa en el proceso de mi elección. El Uruguay mostró siempre una profunda devoción por la Francia. Todos nuestros artistas y nuestros pensadores han cantado himnos a la gran nación latina. La amamos casi como a la patria – la amamos hasta el dolor, hasta las lágrimas, la amamos tanto que muchos de nosotros en esta monstruosa contienda, nos creemos casi incapaces de justicia hacia sus bárbaros enemigos. Y este culto lo hemos exteriorizado de todos modos.

Nuestro propio gobierno, con su admirable política internacional, llena de tacto y de mesura, pero siempre del lado del derecho y la justicia, nos ha acercado, sin caer en la temeridad o en la imprudencia, a los que defienden las grandes reivindicaciones humanas.

Y la Francia escucha y agradece. Y premia con la gracia y la fineza que son de su raza: con los bienes del pensamiento y del arte. Al nombrarme, la Academia ha premiado algo más que mis trabajos ha hecho en mí un delicado homenaje a mi Patria.

Mi nombramiento ha venido, pues, como vienen todas las cosas humanas: por caminos diversos y oscuros. No sería digno de esta hora si no lo dijera con las más claras y

enérgicas palabras. Mi lealtad sola puede llamarme a las alturas a que me llaman.

De todos modos yo estoy seguro de haber merecido el honor que se me discierne. Si mi obra escriba no bastara, hay otra obra que no conocen los académicos, que vosotros conocéis, y que pesa en mi conciencia y pesará en la vuestra estoy seguro, más que todos mis merecimientos. Es mi obra junto a vosotros. Esa obra de veinte años es la más fuerte, la más enérgica, la más sincera, la más completa y la más fecunda. Sin duda, ese incesante y rudo trabajo ha sido la fuente de delicados placeres intelectuales y le debo los más bellos recuerdos de mi vida.

De todos modos, en esta tarea no perdoné esfuerzo ninguno y no tengo nada de que acusarme: ni de flojedad, ni de frialdad, ni de pereza. Hice cuanto pude, llegué al límite de mis fuerzas y la juventud y mi país me deben grandes bienes. Tengo de ello la conciencia profunda y por eso lo digo con esta altiva rudeza.

Formar almas, formar inteligencias, formar hombres, formar médicos, ¿hay obra más grande en los dominios del espíritu? ¿Qué es un médico? Es una conciencia pura y luminosa que guarda la vida y los bienes del hombre, es decir, todo el destino humano. ¿Hay nada superior al hombre en el mundo?

Si formé médicos fuertes y honestos, hice a la Sociedad bienes superiores a todas las recompensas. Y que los hice no es dudoso. Ahí están muchos de ellos, ya maestros y casi célebres. Cumplí, pues, deberes superiores y sagrados y los cumplí con alegría, tesón y eficacia. Y esta obra la ignoraba la Academia, pero no la ignoráis vosotros y por eso vivo en este instante la hora más grande y reconfortante de mi vida.

Si venís a saludarme entusiastas, ardientes, unidos, en la hora del triunfo – vosotros que no mentís, que no amáis sino las grandes cosas de la inteligencia y la belleza, es que cumplí todo mi deber y todo mi destino; es que soy digno del insigne honor que viene a buscarme a mi oscuridad y a mi retiro.

Jóvenes amigos, acepto vuestro magnífico y conmovedor veredicto y si puede sin temeridad hacerse promesas en estas horas crepusculares, yo os digo que en adelante seré superior a mí mismo.

La honra que me ofrecen los sabios y la vibración de vuestras almas juveniles que buscan la mía, no marcan el término de la ruda y fatigosa ascensión, sino el punto de partida de una vida renovada de nuevos y varoniles esfuerzos y nuevas etapas hacia la cumbre, más alto todavía más alto, siempre más alto.

Prolongada salva de aplausos siguió a estas brillantes palabras.

A continuación, el Profesor Dr. Juan Carlos Dighiero, dio en nombre de los estudiantes, un abrazo al Dr. Soca, quien no podía ocultar su emoción profunda. Se reanudaron entonces las aclamaciones, y momentos después terminaba la sencilla ceremonia que con éxito tan halagüeño se llevó a cabo, y que dejó gratisima impresión en todos los que a ella concurrieron.

*Asociación de los Estudiantes de Medicina
Montevideo".⁹*

VIII

El discurso pronunciado en ocasión del sepelio del Dr. Wáshington Beltrán, herido de muerte en un lance caballeresco con Don José Batlle y Ordóñez, fue del siguiente tenor:

"Señores:

El Comité Universitario Nacionalista quiere que yo hable ante la tumba de Wáshington Beltrán.

⁹ ORIBE, Emilio: Obras Escogidas. Edición Conmemorativa del Centenario de su Nacimiento. Ministerio de Educación y Cultura, 2 tomos, 1993. Tomo II, páginas 35 – 39.

Traigo pues la voz de la comunidad en la cual Beltrán fue figura directriz, númen ejemplar, cerebro guiador. Trataré de expresar la voz de las nuevas falanges sorprendidas ante el espectáculo inesperado, y derramar la veneración de la hueste, sobre la frente del joven héroe, como una túnica inmaterial de soles nuevos.

Será preciso para acompañar este cuerpo ensangrentado, el ritual bárbaro de las músicas solemnes con que oran enterrados los héroes y la ceremonia delicada con que se usaba despedir a los poetas, encantadores de lo fugitivo.

Porque esos dos relieves salientes se unían en esta figura llena de armonía. La del guerrero en la altivez del combate en el empuje del ataque, y en la seguridad de su propio esfuerzo. Y la del soñador, en el rostro de líneas finísimas, y en la imaginación heroica que golpeaba debajo del pórtico de su frente, para irrumpir por las pupilas cálidas y poderosas!

Wáshington Beltrán!, armonioso amigo y maestro de nuestra adolescencia, que has emprendido el camino que acaso alguna vez soñaste recorrer, en los días de la revolución de tu idealidad sin vallas! Joven maestro que parecías haber aprisionado el encanto de la juventud y de la hermosura eternas, en las bellas líneas de tu rostro y en la frescura y fortaleza de tus obras! Henos aquí, en la orilla, despidiéndote; algo cohibidos antes de recoger el arco con el cual lanzabas tus flechas, ya que era como el del griego de la Odisea, sólo dócil a tus manos.

El águila tranquila que gustaba posarse sobre tu cabeza, yace con las alas rotas. Nosotros te vemos desaparecer por un camino trágico, en pleno mediodía, al lamentar tu ida nos conforta la esperanza de que irás tal vez sonriendo, alta la frente, la cabellera flotante, el paso firme, la voluntad invasora, y la pupila clavada en un resplandor que te atrae, te fascina, y retrocede, retrocede...

Sabemos que has escogido senda demasiado terrible para ti y para los que te amábamos, aunque no imprevista para tus sueños. Yo sé que siempre te atrajo un tanto la

consagración en el sacrificio, como pura sonrisa que los laureles dibujan sobre la frente de los triunfadores.

Muy joven, aún, te acercaste demasiado a los dioses.

Y esa amistad es la más peligrosa de todas, cuando a ella vamos demasiado pronto! Los dioses entonces pueden apagar para siempre la pequeña luz que los jóvenes llevan en su interior y de no conseguirlo arrebatan las vidas inseguras y las conducen prisioneras a sus moradas. Fácil tarea para ellos el transformar el corazón de los niños en corazón de héroes, y de éstos en corazón de mártires!

Donde son más difíciles los triunfos intelectuales, triunfó Wáshington Beltrán. Donde son más amargos los afanes políticos descolló. En la masa más rebelde hundió su mano para modelar alguna obra largamente soñada y su familiaridad con los grandes espíritus de la humanidad le enseñó a perseverar y a confiar sólo en sí mismo. Ayer mirando su perfil pálido y alargado como el de un caballero del Greco, que se purificaba entre los negros tules funerarios, evoqué los momentos culminantes de esta vida. Recordé la oratoria cálida, algo académica, con frases elegantes y períodos sobrios y recios que venían a culminar con una figura arrancada de la historia de la leyenda, o del mito. Recordé aquellas claras tardes en que desde la cátedra de literatura gustaba recorrer con gracioso donaire y ágil pensamiento las más altas etapas del arte pasando de Grecia a Roma deteniéndose por igual ante las sombras de Rembrandt, como ante los mármoles del Mediterráneo.

Recuerdo muy bien que arrojó retóricas y textos, y nos hizo vivir unos meses ante la belleza absoluta, llevándonos hacia los libros originales, hacia las fuentes de sabiduría o arte en donde el genio acumula sus obras y levanta sus templos.

Solía llegar tarde fatigado por sus tareas; pero nosotros siempre lo esperábamos. Una vez llegó y encontró la cátedra cerrada. Gestionó que le cedieran un salón y no lo consiguió. Entonces, en un ademán decisivo, enérgico nos congregó en un corredor, bajo las columnas de los patios de la

Universidad, y nos dio una lección sobre las ideas estéticas de Guyau, bajo el cielo azul purísimo, rodeado por un grupo conmovido de alumnos y curiosos.

Ah, cómo recordaba ayer este episodio y pensaba que en aquel singular momento Wáshington Beltrán se colocó al principio de la senda más pura y serena que los Hados le habían destinado! ¡Qué gloria para su frente, si la hubiese seguido, ¡qué corona perdurable y sin sangre para circundar su cabeza estatuaria!

Otras veces, en la misma clase de Estética, se exaltaba al criticar las teorías que hacían confinar al genio con lo anormal y morboso. Creíalo más bien, como la síntesis superior de las perfecciones creadoras y llegaba hasta admitir una correlación con la belleza física y nos recordaba el perfil selecto de la boca impecable de Schiller, que a nosotros se nos ocurría parecida a la del joven profesor.

Otros oradores, señores, os harán destacar la silueta del tribuno de las magnas Asambleas Constituyentes y Legislativas, del tribuno de las reuniones civilistas del Partido, al periodista ardiente e impetuoso, al compañero de mil jornadas en nuestro escenario político.

Yo os quiero recordar, los torneos de los Congresos Estudiantiles de Chile y Buenos Aires, cuando en síntesis estupenda, reunió en una pieza oratoria a todos los pueblos de América, ante los mejores jóvenes del continente. Quiero recordarlo en las memorables veladas del Ateneo, en 1911, en los triunfos de la cátedra en largos días de lucha y de fatiga.

Y que gran contraste formaban esos lauros, con aquellos que conseguía fácilmente, frente a las muchedumbres de las ciudades, a la cual, solía describir la leyenda del último de los Gracos, levantando el polvo ensangrentado y arrojándolo al cielo, de donde surgiría el Mario vengador: y los otros adquiridos al conmover el alma sencilla del gauchaje de la compañía, que lo miraba con respeto y temor como si estuviera ante una obra de arte frágil y atrayente!!

La lucha política sudamericana, en plena edad constructiva, nos ha arrancado a un hombre representativo de la juventud. En este cortejo numeroso que lo acompaña forman todas las categorías intelectuales, políticas, universitarias y sociales de nuestro país. Vienen los hombres que con él contribuyeron a crear la nueva Constitución de la República, vienen los maestros de la Universidad, en donde fue alumno culminante, vienen los viejos servidores de su partido político, vienen muchos adversarios, vienen los jóvenes que lo tomarán como paladín glorioso.

Más feliz, más puro, que los caudillos latinos, en cuyo cortejo triunfal según dicen no faltaba el voceador de improperios, Wáshington Beltrán no tendrá en esta comitiva de sus compatriotas, ninguna frase disonante, ni una voz agria que publique una mancha o un error, ni una palabra que no exprese hondísimo amor y veneración profunda!!

Señores:

Recordaréis, sin duda, el episodio de la Revolución Americana, cuando Bolívar otorga honores extraordinarios al cadáver de Girardot, caído en el campo de batalla. Entre todas las ceremonias, ninguna tan original como aquella, que consistió en colocar el corazón de Girardot en una urna preciosa y conducirla en triunfo a la catedral de Caracas.

¡Yo pido a la juventud de mi país, a la juventud del Partido Nacional, que cincele en el espíritu una copa perfecta, y encierre en ella los pedazos del corazón de Wáshington Beltrán, para colocarlos como una ofrenda legendaria en la Catedral definitiva de nuestras instituciones republicanas!

He dicho.” ¹⁰

IX

En 1956, en ocasión de rendirse homenaje a la memoria del Académico Dr. Eduardo J. Couture, se refirió a su personalidad, en los siguientes términos:

¹⁰ ORIBE, Emilio: Obras Escogidas. Edición Conmemorativa del Centenario de su Nacimiento. Ministerio de Educación y Cultura, 2 tomos, 1993. Tomo II, páginas 43 – 45.

“En la celebración de este homenaje, uno asiste a la preeminencia de algunos problemas que afectan el destino de la personalidad humana en la época presente.

Un hombre – un colega nuestro en la Academia – una inteligencia brillante, un maestro especializado del Derecho, que no empalidece su perfil al lado de los mejores maestros del extranjero, que no rehuye el confrontamiento de sus ideas y teorías con ellos, es, además, un valor armónico y seguro, con refinamiento de artista, al mismo tiempo que posee las humanas seducciones para ser dirigente de los espíritus jóvenes que llenan las aulas, quienes lo admirarán como un paradigma en la separación última. De pronto, en plena lucidez, esa lámpara tan bien dotada y labrada, se oscurece y extingue ante el estupor de sus contemporáneos. ¿Era posible mantener por mucho tiempo el estilo de vida que construyo para sí, Couture? Esta conjunción armónica de valores antagónicos, al sufrir el choque con una intensa acción muy diversificada, ¿no configurará una imposibilidad vital para ser mantenida?

De ahí la hipótesis y la clave posible del riesgo de un agotamiento secreto en los resortes y torbellinos del cuerpo. De ahí el amenazante peligro del desfallecimiento y la fatiga por parte del espíritu, en algunos sectores muy densos del saber y del arte.

No sé si aquí está el problema más general de la imposibilidad de que pueda existir en nuestros días el tipo del Idomeo de la parábola de Rodó, que voluntaria o naturalmente se encarnó en Couture.

Esta Academia lo acogió en su seno para consagrar la conjunción de valores artísticos y vivencias culturales que sus aptitudes de escritor revelaban como un desborde precioso del surtidor de su inteligencia ya establecido con toda soberanía en el dominio del Derecho Procesal, en donde afirmó su magisterio autónomo y poderoso y en donde se levantó tanto como sus maestros nacionales y extranjeros.

La añadidura que la naturaleza le otorgó como una gratitud espléndida, le hizo conocer, amar y admirar las

cimas de lo artístico, de lo cultural, de todo aquello de auténtica vitalidad humanista que puede haber en la sabiduría del hombre actual, cuando logra evadirse del laberinto de las realidades.

Este intento de amar la belleza, el bien, la libertad, lo justo, y de no romper con las amarras de la utilidad y de la acción, lo llevo a sacrificar demasiados sectores de su personalidad, lo mismo que su afán por subsistir por encima de los antagonismos de lo social, lo político, lo ético y lo artístico, lo atormentó, indudablemente, muchísimo más de lo que expresaba su nobleza extraordinaria frente a los fanáticos y estrechos.

En un aventurar algo alegórico podría decirse que una sed inagotable de armonías en todos los planos parece haberlo empujado a las tinieblas antes de ofrecer su inteligencia los frutos más firmes e la extrema madurez y de la experiencia.

El filósofo Rougés descubre en Plotino con su símil del coro, y en Bergson con su invocación de la melodía, las imágenes que necesita para concretar su idea de que lo espiritual es un mundo de totalidades sucesivas. Los hombres como Couture fueron una aspiración de eso: son ejemplares e la espiritualidad encarnada, con su fragilidad y su conflictualidad en constante inminencia de beligerancia, sin mengua del optimismo, la bondad y la alegría.

Las totalidades de lo espiritual, si son sucesivas, a veces adquieren el reposo de los cauces serenos, y se hacen simultáneas: así yo pude ver a Couture en París preocupado de día por sus conferencias en la Facultad de Derecho, al mismo tiempo que de noche asistíamos a la representación de un vigoroso drama de Claudel.

Pocos días antes e morir, en nuestro Consejo Universitario, después de informar sobre difíciles asuntos docentes o jurídicos, lo vimos interesarse vivamente por una publicación de las obras manuscritas de Valéry, presentadas en ediciones de lujo cuyos fragmentos él nos enseñaba, y que recientemente se ofrecían a los devotos de la poesía más perfecta y profunda de nuestros días.

Aunque poseía el don natural de la perfección y la elegancia en el discurso y en la conversación, deslizándose con igual destreza sobre la superficialidad de las cosas, buscó siempre la geometría del razonamiento depurado y la justeza de los términos que brillan en el tecnicismo de sus disciplinas preferidas.

Difícil entresacar de su personalidad un rasgo que pueda ser negativo; es milagroso que se hayan unido, aunque sea fragmentariamente y como relámpagos, tantos dones superiores en un hombre que si bien no alcanzó las soledades heladas de la inteligencia que confina con la angustia, logró la armonización equilibrada de tantos méritos que al fusionarse lo convirtieron en un varón de contextura estética y moral, difícil de repetirse en la dimensión de nuestro vivir.

Este homenaje contribuye a poner de manifiesto lo mejor de su personalidad, pero al mismo tiempo sirve para evidenciar nuestras parcialidades, lo que hay de amputado en nosotros, la grieta de fracaso que nos atraviesa en tantas empresas, en algún sentido, alcance y modo, comparados con él.”¹¹

X

En 1962 publicó un breve comentario acerca de la aparición en Montevideo un libro en francés sobre Heráclito. El mismo revelaba sus relaciones con el autor y una pintoresca escena compartida en Grecia con un erudito desconocido:

“Ya se encuentra en las librerías de Montevideo el libro tan esperado del griego Kostas Axelos sobre Heráclito (Editions Minuit, París, 1962). Es evidente que el filósofo de Efeso sigue originando obras admirables desde su oscuridad. Este libro de Kostas Axelos está llamado a tener una repercusión muy grande ahora que ha sido traducido al francés y que circulará en todos los ambientes filosóficos.

¹¹ ORIBE, Emilio: Obras Escogidas. Edición Conmemorativa del Centenario de su Nacimiento. Ministerio de Educación y Cultura, 2 tomos, 1993. Tomo II, páginas 211 – 212.

Conocí a Axelos en Atenas, a mi regreso de la India. Preparaba en aquel tiempo sus últimos capítulos sobre Heráclito y se interesó por el desenvolvimiento de la bibliografía, en torno al devenir helénico en nuestros países. La conversación fue muy limitada por la obligatoriedad académica y sólo tuve tiempo de referirme a la anécdota de Heráclito que narra Heidegger en la CARTA SOBRE HUMANISMO, y a la otra historia, referente a la antorcha arrojada desde un puente, que se divulgó escasamente en poema de Alguien.

Sobre este tópico de lo anecdótico en la filosofía presocrática llegó al acuerdo conmigo que el gran culpable de la costumbre de caracterizar la obra de los filósofos por medio de una acumulación de datos biográficos y anécdotas apócrifas en su mayoría, fue Diógenes Laercio. Yo sin embargo aventuré la hipótesis de que también era una característica de todos los humanos al referirse a los grandes personajes de la historia y de la ciencia, esto es, completarlos por medio de episodios inventados entre la admiración y el odio de que somos capaces. En eso estábamos hablando cuando se acercó a nosotros un viejo profesor de Salónica, que afirmaba haber descubierto en una isla del archipiélago mediterráneo un documento apenas legible y que atribuyó a Heráclito. ¡Otro nuevo fragmento de Heráclito!, gritó Axelos con pavor. Los libros que se van a escribir sobre él. ¡Qué espanto encarar la posible interpretación de este nuevo texto!

- No terminarán nunca de ser traídos a la luz de los eruditos los aforismos de Heráclito!, agregó y se fue a su clase sin interesarse mucho de la cuestión.

Yo cargué con el humilde profesor de Salónica y fui al cuartillo de él, instalado en los barrios más pobres e Atenas. Allí me enseñó el precioso documento, ya reconstruido y traducido por él mismo. Era indudable que la autenticidad parecía asombrosamente legítima. Mostróme diez o doce certificados probatorios de diversas academias y oficinas arqueológicas de Asia Menor y Macedonia. Pero faltaban palabras, sílabas y letras y con lo poco que restaba en el

texto nadie podría manejarse bien, porque además amenazaba convertirse en ligerísimo polvo. El texto reconstruido podría ser éste:

“En vano los canes hacen agua en el fuego”. Existía la posibilidad de una traducción más violenta y cruda: “En vano los perros orinan en la hoguera”.

La última palabra griega podría servir para mencionar el fuego heraclitano, el Logos, o también la hoguera común que los pastores del tiempo de Heráclito encendían por la noche mientras dormían los rebaños. Asimismo podría aludir la palabra incompleta y borrosa a asuntos más simbólicos como ser el del bronce de las estatuas, depositarias milenarias del pensamiento móvil, y expresar:

“En vano los perros orinan al pie de las estatuas”, expresión de todos los tiempos y de uso popular corriente y muy significativa para indicar a los envidiosos que zahieren inútilmente, con crueldad, a los hombres que se destacan.

La doctrina de Heráclito impregnaba el contenido discursivo y pensante del fragmento: estaban allí el fuego o la hoguera, y el conflicto con las aguas fétidas, y la inquina y la mala intención de los malos y los ínfimos, contra los hombres consagrados de la admiración de la posteridad, por ser los aristócratas del pensamiento y la sangre. Siempre serían menospreciados, aunque en vano, por la mediocridad de las plebes. Por más vueltas inquisitorias que se le diera a la frase analizada, era indudable que pertenecía en todo al conjunto de la doctrina de Heráclito y entraba en armonía con el perfil histórico que de él conocemos.

El filósofo Axelos no cita en su reciente libro la historia que aquí se narra. Pero yo quiero rendirle este homenaje, muy insignificante por cierto, al ignorado investigador de Salónica que conocí una tarde en Atenas.

¿Podré hacer algo yo en estas líneas para que su esfuerzo por agregar una nueva pieza aforística a las tantas

*de Heráclito, no haya sido una empresa totalmente inútil?”*¹²

XI

En una edición del suplemento cultural del diario “El País” publicado en ocasión del centenario de su nacimiento, bajo el título “Un solitario entre tinieblas de palabras”¹³, transcribe un texto publicado en 1927 por Ildelfonso Pereda Valdés, en su Antología de la moderna poesía uruguaya, en la que Oribe encontró la oportunidad para confesar:

“Nací en 1893. Niñez en los campos del Departamento de Cerro Largo hasta 1905; vida en estancias fronterizas y en un pueblo original entonces: Melo. Estudios secundarios y superiores en Montevideo, hasta 1919, época en que empecé a conocer las modalidades simbolistas. Colaboración en muy pocas revistas y periódicos. Tendencia a la soledad y a las exploraciones interiores. Viaje a Europa en 1920-21, manteniendo una actitud de inteligencia con las nuevas escuelas nacientes entonces. Nueva permanencia y confesión más directa con el campo americano en 1922 hasta 1925. Hoy me inclino por momentos hacia los estudios filosóficos y de Estética, habiendo hecho abandono de mi profesión (de médico) desde hace dos años. Aspiro a revelar en algunos de mis poemas, una América profunda, más allá de la anécdota y de lo pintoresco. (...)”

XII

Contrajo matrimonio con Maruja González Villegas, quien ha dicho:¹⁴ *“Nos hemos casado muy enamorados. Esto es fundamental pero Emilio ha sido siempre un poco por naturaleza y otro por capricho, un inadaptado. Fuimos a*

¹² ORIBE, Emilio: Obras Escogidas. Edición Conmemorativa del Centenario de su Nacimiento. Ministerio de Educación y Cultura, 2 tomos, 1993. Tomo II, páginas 251 – 252.

¹³ ROCCA, Pablo: EL PAÍS, Suplemento Cultural: Año IV, No. 191. Viernes 2 de julio de 1993.

¹⁴ ORIBE de VANGER, Elsa: Emilio Oribe: Resumen Familiar, Ediciones “As”, Montevideo, Uruguay, 1983, 62 páginas.

Europa, gastaba sin control, el padre se lo daba. Nació Emilio. Responsabilidades. No hubo tal fortuna. Fuimos a San José. Un buen día me dice: “Renuncié a la Colonia de Alienados, voy a trabajar de médico aquí, en San José. No iba nadie al consultorio. Recuerdo algunos chistes que andan por ahí. Dificultades. El campo que recibió de su padre, lo hipotecó y luego vendió. Buscó un curso de literatura en el liceo local, poca cosa. Empezó mi angustia, iba a nacer el tercer hijo. Fallece mi hermana. Mis padres nos llaman. Nos dan una casa para vivir. Empezamos de nuevo, tres hijos, deudas. Poco después nació Elsa. Total cuatro niños y sin soluciones en la parte económica. Emilio fue nombrado al Consejo de Enseñanza y a grupos en la Universidad, más o menos 1927 – 29. Comprendí que tenía que trabajar porque sino me vería muy mal. 1930, muere mi padre, heredé unos pocos miles de pesos y con ellos y algo más, compré mi casa de la calle Roque Graceras... Año 1933, golpe de estado dado por el presidente Terra. Zás! A las calles, otra vez penurias, incertidumbres, pobrezas, ansiedades de toda índole. Emilio se enfermó, neurosis al oído, vértigos, en fin, nace nuestra hija menor, Esther. Empezó, lo que yo en broma decía imitando a Hitler, “Mi lucha”. Me parece que es en estos años cuando empezó esta situación que ahora se ha hecho insostenible. Él, con su neura agudizada, sus anhelos de artista, angustia por realizar algo que no podía, tal vez, sentido de fracaso, aunque Emilio a pesar de nuestras zozobras económicas nunca dejó de publicar libros cada vez más abstractos, rebuscados, fríos, busca la inspiración que siente la falta y empieza a torturarse y torturar con sus desesperaciones. Aquí empieza el drama. Yo me preguntaba ¿dónde acabará todo esto? Emilio se refugia en las clases, trabaja demasiado, poco rendimiento. Yo también trabajo, doy clases en el Liceo. Privaciones, cocino, friego, lavo, en fin, recuerdo con verdadero terror aquellos años. Los hijos iban creciendo, había que continuar su educación, hacerlos hombres y mujeres, instruirlos. Un día Emilio me dice: “Los hijos de los artistas generalmente no son nada. Los hijos de Verlaine, por ejemplo, son guardas en el metro de París”.

Esto me indignó y más me afirmó en mi lucha por la salvación y dignidad de la familia. Recuerdo que le contesté: “Mis hijos no serán menos que yo, más si es posible!” En 1942 hace un viaje a EE.UU. Cuatro meses. Regreso. A los quince días otra vez lo mismo... Ví abogados, el asunto se apaciguaba algo, después otra vez. En fin, algo inaudito y después mi resolución inquebrantable de no soportarlo más. Noviembre de 1947. En este año he sufrido terriblemente, he creído estar muchas veces al borde de un ataque al corazón, he sentido luchas dentro de mí como un mar tumultuoso de pasiones, amor, odio, venganza, resignación, orgullo y deseos de matarlo. Sí!, de matarlo. Oh!, he sufrido, he llorado, he maldecido, qué se yo, pero he conseguido dominarme. He triunfado sobre mis pasiones. Soy dueña de mí, de mi vida, de mis actos, responsable, libre!! He tenido momentos de aniquilamiento total, incapaz hasta de hablar, sin fuerzas. No sé lo que será luchar con un enemigo en el campo de batalla – pero sé decir que esta lucha del alma con sus pasiones desencadenadas y la razón oscurecida y obcecada y tambaleante, debatiéndose sola, sostenida únicamente por una lucecita tenue, allá en el centro, como diría Santa Teresa, o sea la fe en Dios, en la bondad divina, en los principios morales, en los ejemplos que uno conoce y en la educación sólida que se ha recibido, es lo que ha impedido que cometiera un crimen al que me arrastraba mi temperamento y mi indignación. Creo que ya ha pasado lo peor, Dios quiera!”

XIII

Bajo el título “Memorias de la hija mayor”, la autora del citado libro escribió este testimonio: *“Maruja y Emilio, siempre conmigo irán juntos. Los veo allí, en el escritorio, rodeados de libros, cuadros, esculturas, música. Ella, leyendo poesías en voz alta; él, radiante, escuchándola con aquella sonrisa tan suya. Eran tardes preciosas de calor familiar, en las que los dos mantenían largas conversaciones de miradas que ellos solamente comprendían. Había paz,*

había armonía, había amor. Mamá, con su voz suave, parecía acariciar cada palabra, cada frase, cada expresión. Yo, que tan sólo sentía la melodía de su voz y el encanto de aquellas tardes, muy quietita y calladita me mantenía. Todo aquello se terminó abruptamente en 1938 cuando papá, sin decir nada a nadie, donó a la Universidad, los libros primero y luego los discos. Sorpresa bien desagradable tanto para mamá (sus libros y discos fueron incluidos pero su nombre no apareció, ni aparece, en las donaciones) como para mí, que me ví despojada de aquellas tardes de magia. Cuando mamá aparecía, papá se transformaba, se iluminaba y todo él vibraba por un instante inefable e infalible. Papá tan reservado era que fue a través del amor que mamá demostraba tenerle que aprendí, desde muy chica, a amar y a respetar a aquella figura muda que desde muy lejos, algunas veces me miraba. Mamá era sumamente femenina y feminista (los derechos de la mujer fueron promulgados en su juventud); honesta y recta como el volar de “El Pájaro Rojo” (no en vano había crecido entre hombres de leyes); profundamente cristiana sin mojigaterías; inteligente, culta y con un corazón cálido, generoso y enorme. A todos nos amó y por todos luchó. Sin sus constantes cuidados, sin sus remedios caseros, hijos de su desesperación, yo hubiera muerto en 1935. Cómo mamá se las arregló para mantenernos a todos a flote durante los terribles años de la dictadura de Terra, cuando las entradas mensuales, si las había, eran mínimas, es un misterio para mí. Muchas veces me pregunto qué hubiera hecho mamá sin sus queridas amistades. Cuando finalmente, el problema económico fue mejorando, mamá pasó largos años pagando deudas contraídas en aquel entonces, pero a todas las pagó. No sin razón papá la llamaba “Divina”. Cuando papá mejoró de su enfermedad, a la que mamá se refiere en sus memorias, comenzó a sacrificar una a una “Las Garzas” de su ser para darle vida a su poesía.¹⁵ Comenzó a herirla para ser herido,

¹⁵ Se refiere la hija al simbolismo de su poema “Las Garzas”, publicada en El Halconero Astral y otros Cantos, 1919, donde bajo el título de “Las Garzas” decía:

Pálido de estudiar,
me fui al campo. Sufría
falta de voluntad.
Y qué fatiga en la muy joven frente!
Además,
Desencanto infinito de saber...
Y de amar.

II

Un indio de la estancia
me hizo un regalo muy original.
Cinco garzas - ¡oh, asombro! – que hablaban
después de muchos años de enseñanza tenaz:
una era rosa, otra blanca, otra gris;
otra amarilla más que el oro, y otra verde.

Esto, que os parece fundamental
paradoja científica, es muy cierto.

Quien lo dude, que hable con mi capataz.
El indio me dijo:
- La garza rosa será el Amor, la blanca será
la Fe, la gris, la Duda, la de oro, la Ambición,
y la verde, la Esperanza inmortal!

-Cuando quieras, amigo enfermo,
con ellas hablarás.
Dicho esto, me entregó las cinco garzas.

Yo las quise interrogar
en seguida, gozoso del prodigio.
Entonces,
la garza rosa dijo: Vuelve a amar!
la garza blanca dijo: Vuelve a creer!
la garza gris me dijo: Vuelve a dudar!
la garza de oro me gritó al oído,
-Vuelve a ambicionar!

La garza verde no me dijo nada.

III

Amar – Creer – Dudar – Ambicionar!
¡Palabras crueles y terribles!
-Muy pronto alteraréis mi nueva soledad
oh, pajarracos, despertando mi corazón! –
pensé, lleno de angustia.
Y me puse a degollar
cuatro de aquellas aves,
la rosa, la blanca, la gris y la de oro,
con mi antiguo puñal.
Sólo he quedado con la garza verde.
La esperanza!
¡Pero esa nunca va a querer hablar!

porque allá, en aquellos campos de Cerro Largo, entre gauchos, zafras y puñales, había aprendido desde niño, que de sus heridas más íntimas poesías surgían. Comenzó a aparecer “El Rey de la otra Cumbre”. En la década del 40, mamá sufrió toda clase de desilusiones y las más profundas papá se las infligió. Heridas que pasaron años sin curarse. Se fue formando un círculo que pronto comenzó a girar, y girar; en él todos caímos. Papá cada vez más difícil; mamá cada vez más nerviosa, se fue agotando emocionalmente. Ya no había paz, ya no había armonía, ya amor casi no existía. En aquel círculo trágico yo misma casi me perdí. ¿Cuántas veces mi amor por ellos murió y aún persiste? Pasaron varios años, tan fuertes y profundos eran los lazos que los unían. Mamá siempre le advertía lo que le estaba haciendo a ese amor que compartían y siempre me decía lo que le iba a suceder a Emilio sin su Maruja. Él no creía, ni nada oía, ni comprendía el mal que le hacía. Estos son los años de “El Jinete y la Copa”. Mamá siempre peleaba sus batallas como un torero, las ganaba o las perdía, pero nunca se vengaba. Papá era más diestro, más directo, y se vengaba. Se vengaba en los momentos menos esperados y así produjo la ruptura final. Manejaba el puñal con gran maestría. Mamá se exaltaba; él, calmo permanecía. Finalmente llegó una mañana de noviembre de 1947, cuando, inesperadamente, un duelo se declaró. Tres fuimos testigos. Esta vez hubo un muerto y el muerto fue amor. “¿Vivir con un hombre sin amor? ¡Jamás!” Ella, que para él, era luz y poesía, de la vida sus últimos años comenzó a vivir en paz y armonía. Él, solo, como aquel Jinete con escamas por ojos, hacia las tinieblas siguió. Hermosa imagen la del poeta, más imposible de realizar. Luz y poesía, no existen en la oscuridad. El matrimonio se disolvió por divorcio el 21 de noviembre de 1951. No obstante, hubo posibilidades de reconciliación hasta fines del 52, porque, después de todo “uno no vive treinta años con un hombre sin quererlo”, mas no podía ser y así fue. Papá, nunca comprendió que si él era él, ella era ella. En la Facultad de Humanidades y Ciencias, en su escritorio Emilio Oribe tenía al morir, un retrato de Maruja González Villegas,

cuadro que había sido un regalo de Maruja a su ex novio y que éste había rehusado devolver al romper ella su noviazgo en 1919.”

XIV

Diría de él José Pedro Díaz (Montevideo, 1975) ¹⁶: *“(…) pocos hombres como él, en este país, estuvieron trabajando intelectualmente situados en un nivel y en un panorama de cultura similares. Y eso supo transmitirlo; comunicó esa devoción. Más tarde llegamos a dialogar desde puntos de vista diferentes. Y él mantuvo el diálogo con nosotros, que éramos los jóvenes; porque valoraba algo que estaba por encima de las discrepancias”.*

Dijo Washington Lockhart (Montevideo, 1968), en la misma edición: *“Habitante de un ámbito casi irrespirable por su limpidez, busca tras las cosas, con esfuerzo que sólo quiere ser inteligente, los símbolos señeros, la clave de una matemática esencial. Pensamiento, el de Oribe, de infrecuente calidad, en un tono depurado que puede parecer altanería.”*

Dijo Juan Fló (Montevideo, 1988) en el mismo lugar: *“(…) su pensamiento está unificado por la postulación de un principio – el Nous – en el que se concilian razón, espíritu, vida, y al fin de cuentas todas las formas superiores del ser y el valor. Oribe invoca toda la tradición filosófica occidental racionalista, idealista y espiritualista y es difícil, por lo tanto definir su pensamiento como un platonismo o un racionalismo teísta. Quizá más importante (...) es su esteticismo, su creencia en la salvación por la poesía: el tiempo no es un espejismo sino una corrosión que no podemos negar con el pensamiento sino conjurar con el arte. De este modo la filosofía como conocimiento aparece subordinada a la expresión lírica de sus problemas.”*

¹⁶ Medio siglo de crítica. EL PAÍS, op. Citada, página 4.

Arturo Sergio Visca (Montevideo, 1965) en la publicación mencionada expresa: *“No es raro que en la poesía de Emilio Oribe se conjuguen emoción y pensamiento. Porque si bien, y respondiendo al fondo más insobornable de la intimidad del poeta, el pensamiento confluye siempre al poema, éste nace también siempre de una experiencia vivida y asume así la emoción que esa experiencia comporta”*.

Domingo Luis Bordoli (Montevideo, 1966) consigna: *“(…) la criatura pensativa de los campos melenses que es Oribe se ha ido imponiendo paso a paso a lo largo de la poesía, de modo que hay en ésta un americanismo indudable. Logró hacerle un sitio – dentro de su vasta cultura impuesta – a los palos telefónicos, al grano de trigo, a las garzas, a las pequeñas piedras de los ríos (...)”*

Ida Vitale (Montevideo, 1967) diría: *“Hay en [la poesía] de Oribe una pugna entre el sentido que quiere preponderar y la sensualidad de la forma, que quiere triunfar por sus fueros. Cuando ésta lo logra, o cuando se crea un equilibrio orgánico, el resultado es un poema hermoso, como el soneto “La dama extraña” (...) Su actitud crítica ante la poesía lo ha llevado a revisar la forma soneto, intentando preservarla del enquistamiento de sus valores tradicionales (...) busca otorgarle cierta libertad, no en el lenguaje o en la estructura interna, como lo haría en alguna ocasión Vallejo, o (...) Juan Cunha, sino flexibilizando el ritmo, mediante una escritura que abandona la clásica división en catorce versos de once sílabas”*.

XV

Fallece en 1975, enfermo de cáncer, internado en el Hospital Maciel, mientras recitaba sus poemas en soledad. Sus restos descansan en el cementerio de Melo.